

# RITAS Y RATOS

El sentido común nos dice que los puentes son lugares de paso. Sin embargo, no es lo mismo andar de paso que pasear. Aquí podemos demorarnos viendo las aguas pasar bajo las arcadas del puente; allí cruzamos sin verlas para llegar cuanto antes a la orilla opuesta. Claro está que todas las reglas tienen su excepción. ¿Existe algo más tedioso que viajar en el metropolitano? Los moscovitas, tirando la casa por la ventana, entierran un museo de mármol bajo el subsuelo para gozo de unos topos con ojos semicerrados, somnolientos, en camino hacia las grises fábricas humeantes de la periferia urbana. Tal vez podríamos pensar que son precisamente los lugares útiles y feos aquellos que más necesitan el bálsamo de la belleza inútil. En realidad la utilidad del arte es su misma inutilidad. Un puente con hermosas, costosas y efímeras flores flanqueando los pretilos se parece a los trampantojos de las ventanas pintadas en ciertas casas burguesas. Hubo un tiempo en que la voracidad de los ministros de Hacienda se lanzó como una ventisca sobre esos huecos que dejan entrar la luz y protegen del viento. Cuantas más ventanas contaba una vivienda mayor era la recaudación. Pero una ventana pintada no es una auténtica ventana, como un matrimonio rato no es un verdadero matrimonio sino un modo de pasar el rato y, a veces, un modo de engañar el inmigrante al servicio de inmigración. Los trampantojos de las casas pintadas parecían hacer rico a quien, tal vez sin serlo, no deseaba en cualquier caso parecerlo a los ojos del erario público. Querer y no poder. Pues bien, un puente con flores se parece a un florero para guardar plumas estilográficas. O sea, una extravagancia de nuevos ricos. En un reloj de oro lo que menos importa es la saeta y lo que más importa es el oro. Los turistas de Moscú se distraen contemplando morosamente las bellezas del metropolitano sepultadas debajo de las calles de Moscú; mientras, los obreros que usan dicho servicio público, se ven obligados a estrujarse en los vagones compartidos con la población laboriosa. Quizás un burgués tradicional, de aquellos de cepa antigua, se hubiese decantado por trasplantar las flores a las alamedas soldadescas, con sus álamos firmes ordenados en fila para

ver desfilan el cortejo de los verdaderos ricos con sus trajes de moda. Hablo, claro está, de esos trajes que se pagan -no se sabe de qué bolsillo- con billetes de quinientos. Por desgracia, todas las rosas tienen sus espinas, todos los calcetines sus roturas y la bolsa de las administraciones públicas sus agujeros roídos por los ratos, las ritas y los ratones. Solamente falta que un puente, además de floreado, cuelgue sobre un río sin agua para completar la imagen del absurdo.

Pablo Galindo Arlés, 2014